

NO HAY IGLESIA EN SALIDA, SINO LA VIVIMOS EN FRATERNIDAD

Estamos en el tiempo privilegiado de Cuaresma, sabiendo que este tiempo litúrgico no es en sí mismo un fin, sino el tiempo de preparación para la Pascua. Este año jubilar nuestro obispo nos ha invitado a vivir el año de la caridad, con el lema “Iglesia en salida, signo de comunión”, después de haber preparado y reflexionado nuestro caminar en torno a la fe y a la renovación de nuestro Plan de Pastoral, y siguiendo la invitación del Papa Francisco de ser una “Iglesia en salida”.

Siguiendo la misma tónica hemos escogido el lema de estos ejercicios cuaresmales: “No hay Iglesia en salida sino la vivimos en la fraternidad”, sabiendo que este tiempo nos ofrece una vez más la oportunidad de reflexionar sobre el corazón de la vida cristiana: «la caridad», haciéndonos ver que este es un tiempo propicio, y con la ayuda de la Palabra de Dios y de los Sacramentos renovemos nuestro camino de fe, tanto personal como familiar y comunitario, en un itinerario marcado por la oración, el silencio, el ayuno, y sobre todo, por el compartir, en espera de vivir la alegría pascual.

Después de habernos consagrado a los sagrados corazones de Jesús y de María, tomando en consideración el testimonio y la diversidad de los carismas dados por Dios a la Iglesia a través de la Vida Consagrada presente en nuestra Diócesis, vemos la necesidad de no quedarnos en un cristianismo sin manifestaciones de la presencia de Dios en nuestras vidas, pues estamos consolidados sobre roca firme (Cfr. Mt.7, 24-27). Dios ha derramado en cada uno de sus hijos los dones necesarios para ir al encuentro de los hermanos, para evangelizarlos, cuidarlos y sostenerlos en la fe y, de este modo, encontrar la propia salvación y la gloria de Dios en la fraternidad.

En esta Cuaresma estamos invitados a ver hacia el interior de nuestro corazón, en cuanto a la caridad manifestada hacia nosotros y, al mismo tiempo que le pedimos al padre su misericordia, también le pedimos que nos dé su mirada para ver las necesidades de los hermanos, sobre todo los más pobres y así ser misericordiosos con ellos.

Que en esta cuaresma podamos gritarle a Dios: “dame, Señor, tu mirada”, reconociendo que necesitamos ver como Él ve: «La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahveh mira el corazón» (1Sam. 16,7). Este es nuestro desafío cuaresmal: contemplar la realidad con ojos nuevos para descubrir a Dios en ella, tanto en la cotidianidad como en lo diferente, en lo cerca y lo lejos, en lo sencillo y en la fragilidad, para que seamos capaces de seguir reflejando en nuestra vida diaria su vida de caridad y su paz. Por eso, pedimos unos por otros: “Que el Padre les ilumine la mirada interior, para que entiendan lo que esperamos a raíz del llamado de Dios; qué herencia tan grande y gloriosa reserva Dios a sus santos” (Ef. 1,18).

Acerquémonos al Señor «con corazón sincero y llenos de fe», con una atención constante para realizar junto con los hermanos «la caridad y las buenas obras» (Cfr. Hb. 10.22-24), sin olvidar el espíritu de la cuaresma que nos lanza al encuentro de los hermanos: la oración, el ayuno y la limosna, mirando a la meta escatológica: la comunión plena en Dios.

P. Aníbal Carballo Orozco

Vicario de Pastoral

Tema I
"RECONOCER A DIOS"
(Cfr. Lc. 7, 36-50)

Objetivo:

Reconocer la presencia de Dios Padre en nuestra situación social y en nuestro diario vivir. Al reconocerlo podremos ser promotores de su Hijo desde la caridad, saliendo al encuentro de los hermanos.

Canto (Tu Señor)

Hecho de vida

- ¿Te das cuenta de la diferencia social que existe en nuestra comunidad/ciudad/entorno?
- ¿Reconoces el número tan elevado de trabajadores que viven con menos de un salario mínimo?
- ¿Cerca de donde vives hay alguna familia que se encuentre en esta gran desventaja?
- ¿Encuentras algún signo que nos manifieste que tenemos un Padre en común?

A través de un pequeño cuento, estaremos caminando todos estos días y con distintas citas bíblicas, buscamos que nos sensibilicemos a salir al encuentro de los demás.

Donde está el Amor, allí está Dios

Vivía en la ciudad un zapatero llamado Martín, quien habitaba en un sótano, una pieza alumbrada por una ventana. La ventana daba a la calle y por ella se veía pasar a la gente; y aunque sólo se distinguían los pies de los que pasaban, Martín reconocía por el calzado a cuantos cruzaban por allí. Viejo y acreditado en su oficio, era raro que hubiese en la ciudad un par de zapatos que no pasara una o dos veces por su casa, ya para remendarlos con disimuladas piezas, ya para ponerles medias suelas o nuevos tacones. Por esa razón veía él con mucha atención, a través de su ventana, la obra de sus manos.

Martín siempre tenía encargos de sobra, porque trabajaba con limpieza, sus materiales eran buenos, no cobraba caro y entregaba la labor confiada a su habilidad el día convenido. Por esa razón era estimado de todos y jamás faltó el trabajo en su taller.

Con las primeras luces del alba se ponía al trabajo y, terminada su tarea, descolgaba su lámpara, la ponía sobre la mesa, sacaba el libro de los evangelios del estante, lo abría y comenzaba a leer, y mientras más leía más iba comprendiendo y una dulce serenidad invadía poco a poco su alma.

Una vez le ocurrió que estuvo leyendo hasta más tarde que de costumbre. Había llegado al Evangelio según San Lucas en el pasaje donde el rico fariseo invita a su casa al Señor, cómo la pecadora le ungió los pies y se los lavó con sus lágrimas y cómo le fueron perdonados sus pecados. Y comenzó a reflexionar:

– “No hay duda, era yo como aquel fariseo. Yo también he pensado únicamente en mí. Con tal de que yo tuviera café, que tuviera fuego y que no careciera de nada, casi no me acordaba del convidado. Sólo pensaba en mí y nada en el huésped; y, sin embargo, ¿quién era el convidado? ¡El Señor en persona! Si hubiera venido a mi casa ¿hubiera procedido de esa manera?”.

Y Martín, apoyando los codos sobre la mesa, dejó caer sobre las manos la cabeza y, sin darse cuenta, se quedó dormido.

- ¿Qué sensaciones nos generó este relato?
- ¿Encontramos similitudes y diferencias entre el cuento y los hechos de vida? ¿Cuáles?
- Analicemos la vida de Martín ¿cómo reacciona en su diario vivir?
- ¿Nos sentiríamos identificados con Martín?
- ¿Nos cuesta tener actitudes positivas? ¿por qué? ¿por prejuicios? ¿por "teorizar" lo que deberíamos llevar a la práctica más fácilmente?

Juzgar:

Iluminación con la palabra de Dios.

Ahora escuchemos un texto bíblico que nos muestre si reconocemos al Señor.

Cita Bíblica: Lc 7,36-50

Un fariseo invitó a Jesús a comer. Entró en casa del fariseo y se reclinó en el sofá para comer. En aquel pueblo había una mujer conocida como una pecadora; al enterarse de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un frasco de perfume, se colocó detrás de él, a sus pies, y se puso a llorar. Sus lágrimas empezaron a regar los pies de Jesús y ella trató de secarlos con su cabello. Luego le besaba los pies y derramaba sobre ellos el perfume.

Al ver esto el fariseo que lo había invitado, se dijo interiormente: «Si este hombre fuera profeta, sabría que la mujer que lo está tocando es una pecadora, conocería a la mujer y lo que vale.» Pero Jesús, tomando la palabra, le dijo: «Simón, tengo algo que decirte.» Simón contestó: «Habla, Maestro.» Y Jesús le dijo: «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientas monedas y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagarle, les perdonó la deuda a ambos. ¿Cuál de los dos lo querrá más?». Simón le contestó: «Pienso que aquel a quien le perdonó más.» Y Jesús le dijo: «Has juzgado bien.» Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Cuando entré en tu casa, no me ofreciste agua para los pies, mientras que ella me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha secado con sus cabellos. Tú no me has recibido con un beso, pero ella, desde que entró, no ha dejado de cubrirme los pies de besos. Tú no me ungiste la cabeza con aceite; ella, en cambio, ha derramado perfume sobre mis pies. Por eso te digo que sus pecados, sus numerosos pecados, le quedan perdonados, por el mucho amor que ha manifestado. En cambio aquel al que se le perdona poco, demuestra poco amor.»

Jesús dijo después a la mujer: «Tus pecados te quedan perdonados». Y los que estaban con él a la mesa empezaron a pensar: «¿Así que ahora pretende perdonar pecados?». Pero de nuevo Jesús se dirigió a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz.»

Reflexión

Veamos la historia de nuestro pueblo y nuestra propia vida, con esto, pensemos una cosa, no es que hayamos dejado de ser piadosos, no es que seamos malos, pero sí que en la vida tenemos una especie de gran aburrimiento, que no nos hacen felices; no nos damos cuenta que nadie quiere ni estima a nadie y eso se notaba en la vida diaria como una capa espesa de mediocridad.

En la vida se han marcado, aunque es por el consumismo, los diferentes días celebrativos: el día de la madre, del padre, de los abuelos, de los niños, etc. Pero la causa, hermanos, es muy clara. Todos hemos cometido un gran pecado: Resulta que entre nosotros el Padre bueno envió al Mesías, el Señor Jesús, que vive entre nosotros camuflado, disfrazado, y ninguno de nosotros nos damos cuenta. Pero, cómo descubrirlo, qué disfraz utiliza, cómo vivir junto a él, cómo encontrar esa respuesta.

¿Acaso el esposo, la esposa? Imposible. Es un hombre bueno, pero vanidoso, creído, es una mujer buena, pero se mete en todo. ¿Sería acaso alguno de los hijos? No, también sé que son buenos hijos, algo desobedientes y con grandes mentiras, pero no van a la Iglesia, irritables. Imposible que fuera el Señor. ¿Y el compañero de trabajo? ¿Y el vecino, la vecina?

Hagamos una lista de todas las personas posibles que nos topamos en nuestro diario vivir y vamos a ver que de todos ellos vamos a encontrar defectos. Claro que vamos a encontrar en todos algunos defectos, pecados y en ocasiones, graves, pero sin embargo, el Kairós del Señor, es su gracia perpetua, es decir, que Él está con nosotros y por lo mismo, siempre convive entre nosotros.

No podremos distinguir, por nuestros defectos y pecados, al Señor entre nosotros, pero sí podemos hacer algo: “Vivir la gracia” de saber que Él está con nosotros y comencemos a tratar a todos de una mejor manera, no sea que ofendamos al Padre, al decirle: “Padre nuestro...” Empecemos a ver que todos también tienen virtudes más de las que podemos sospechar. Recordemos cómo dice Jesús “en el más insignificante de mis hermanos, conmigo lo hicieron” (Cfr, Mt. 25)

Sólo así, nuestro hogar, nuestro trabajo y nuestro vecindario se llenará de amor, porque cada uno tratará a su vecino como sí su vecino fuese Dios mismo. De esta manera empezaremos a ser verdaderamente felices amando y sintiéndonos amados.

Actuar

Reflexión personal

- * ¿Me he encontrado en esta misma situación o algo similar?
- * ¿Reconozco en mis hermanos la presencia del Señor?
- * ¿Existe alguna herida que no he sanado y que no me permite decir: “Padre nuestro...”?

Reflexión en pequeños grupos

- ❖ ¿Cómo podemos demostrar de manera simple que sí reconocemos al Señor entre nosotros?
- ❖ ¿Qué debemos hacer en nuestra comunidad si vemos actitudes contrarias al encuentro?

Oración

Canto (El mandamiento de amor).

Mientras escuchamos el canto, pensemos en actitudes que despierten la fraternidad y la caridad en alguno de los hermanos con quienes no vemos la presencia de Dios Padre y busquemos alguna actitud, compromiso, para salir a su encuentro.

Padre Nuestro

TEMA II
"¿QUIÉN DICEN QUE SOY YO?"
(Cfr. Mc. 8, 27-29)

Objetivo:

Declarar con la boca y con el testimonio quién es Dios, a todos los hermanos.

Video (La niña de los fósforos)

Hecho de vida

- ¿Te das cuenta cuántas veces el egoísmo llena nuestro corazón y destrozamos a los demás?
- ¿Cuántas actitudes tenemos que nos separan de Dios?
- ¿Te das cuenta que decimos que creemos en Dios, pero no lo declaramos con nuestros labios?
- ¿Cuánto escandalizamos por tener actitudes similares?

Continuemos con el cuento de ayer.

Donde está el Amor, allí está Dios

Mientras Martín, apoyando sobre la mesa, dormía, comenzó a escuchar una voz.

– ¡Martín! – ¡Martín!

-- Martín se despertó sobresaltado.

– ¿Quién está allí? Se incorporó, miró hacia la puerta y, no viendo a nadie, volvió a dormirse. Pero en el acto oyó estas palabras:

– ¡Martín! ¡Eh, Martín! Mira mañana a la calle, que yo vendré a verte.

El zapatero, lleno de estupor, se levantó de la silla y se frotó los ojos. Él mismo no sabía si aquellas palabras las había oído en sueños o en realidad. Al fin apagó la lámpara y se acostó.

Al día siguiente, antes de la aurora, se levantó, rezó su acostumbrada plegaria, encendió su estufa y se puso a cocinar, puso a hervir el agua para su café, se puso el mandil y se sentó al pie de la ventana para comenzar su tarea cotidiana.

Mientras trabajaba no podía apartar de su imaginación lo que la víspera le había sucedido y no sabía qué pensar. Tanto le parecía que había sido juguete de una ilusión, tanto que en realidad le habían hablado.

– Esas cosas suceden en la vida – se dijo.

Martín siguió trabajando y de vez en cuando miraba por la ventana, y cuando pasaba alguien cuyas botas no conocía, se inclinaba para ver no sólo los pies, sino la cara del desconocido.

Pasó un señor con botas de fieltro nuevas, luego un aguador, después un viejo soldado, calzado con botas tan viejas como él, ya recompuestas, y provisto de una larga pala.

Se llamaba el soldado Jerónimo y vivía en casa de un comerciante de la vecindad que lo había recogido en consideración a sus años y a su extrema pobreza, y por darle alguna ocupación compatible con su edad le había encargado de auxiliar al portero.

El viejo soldado se puso a quitar la nieve ante la ventana de Martín. Este lo miró y continuó su tarea.

– Soy un necio por pensar de este modo – se dijo el zapatero burlándose de sí mismo... Es Jerónimo quien quita la nieve y yo me figuro que es Cristo que viene a verme. En verdad estoy desvariando, tonto de mí.

Sin embargo, al cabo de otros diez minutos, miró de nuevo por la ventana y vio a Jerónimo que, dejando apoyada la pala contra la pared, descansaba y trataba de calentarse.

– Es muy viejo ese pobre hombre – se dijo Martín. Se ve que ya no tiene fuerzas ni para quitar la nieve; tal vez le convendría tomar una taza de café y justamente tengo aquí mi cafetera que va a apagarse.

Al decir eso, dejó su martillo y la zapatilla en el banquillo, se levantó, puso cafetera sobre la mesa, vertió café en una taza y dio unos golpecitos en la ventana. Jerónimo se volteó, acercándose a donde le llamaban; el zapatero hizo una seña y fue a abrir la puerta.

– Ven a calentarte, le dijo – debes tener frío.

– ¡Dios nos ampare! Ya lo creo; me duelen los huesos – respondió Jerónimo.

El viejo entró, sacudió la nieve de sus pies por temor a manchar el piso y sus piernas vacilaron.

No te molestes en limpiarte las botas; yo barreré eso luego; no tiene importancia. Ven, pues, a sentarte – dijo Martín – y toma un poco de café.

Jerónimo bebió, volvió en vaso boca abajo, colocó encima el azúcar sobrante y dio las gracias, pero se adivinaba que con gusto habría bebido otra taza.

– Toma más – dijo Martín, llenando de nuevo las dos tazas.

Mientras bebía, el zapatero continuaba mirando hacia fuera.

– ¿Esperas a alguien? – preguntó el huésped.

– ¿Qué si espero a alguien? Vergüenza me da decir a quién espero. No sé si tengo razón o no para esperar, pero una palabra que me llegó al corazón... ¿Habrá sido un sueño? No lo sé. Figúrate, buen amigo, que ayer leía el Evangelio de nuestro padre Jesús; y ¡cuánto sufrió cuando estuvo entre los hombres! Has oído hablar de eso, ¿verdad?

– Sí, he oído decir algo así – respondió Jerónimo - , pero nosotros los ignorantes no sabemos leer.

– Pues bien, estaba yo leyendo cómo pasó por el mundo Nuestro Señor... y llegué hasta cuando él estaba en casa del fariseo y que éste no salió a su encuentro....

Leía, pues, querido amigo, esto, y luego pensé: “¿Cómo es posible no honrar del mejor modo posible a nuestro Señor Jesús? Si, por ejemplo, me decía yo, me ocurriese algo parecido, es posible que no supiera cómo honrarlo lo suficiente; y, sin embargo, el fariseo no lo recibió bien”. En esto pensaba cuando me dormí. Y en el momento de dormirme oí que me llamaban por mi nombre. Me levanté y la voz me pareció murmurar: “Espérame, que vendré mañana”. Y lo dijo dos veces seguidas. – Pues bien ¿lo creerás? Tengo esa idea metida en la cabeza y aun cuando yo mismo me burlo de mi credulidad, sigo esperando a nuestro Señor.

Jerónimo movió la cabeza sin responder. Apuró su taza y la dejó sobre el plato, pero Martín lo llenó de nuevo.

– Toma más – le dijo – ¡y que te aproveche! Pienso que Él, nuestro Señor Jesús, cuando andaba por el mundo no rechazó a nadie y buscaba sobre todo a los humildes, a cuyas casas iba. Eligió a sus discípulos entre los de nuestra clase, pescadores, artesanos como nosotros. “El que se ensalce será humillado y el que se humille será ensalzado... Me llamáis Señor – dijo – y yo os lavo los pies; el que

quiera ser el primero, debe ser el servidor de los demás... Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”

Jerónimo había olvidado su café. Era un anciano sensible; escuchaba y las lágrimas corrían a lo largo de sus mejillas.

– Vamos, bebe más – le dijo Martín.

Pero Jerónimo hizo la señal de la cruz, dio las gracias, apartó el vaso y se levantó.

– Te agradezco, Martín – le dijo- que me hayas tratado de este modo, satisfaciendo al mismo tiempo mi alma y mi cuerpo.

– A tu disposición y hasta otra vez. Ten presente que me alegra mucho que me vengas a ver, dijo Martín.

Se fue Jerónimo, el zapatero acabó de tomar el café que quedaba en su vaso y volvió a sentarse junto a la ventana a trabajar.

Cose y mientras cose mira por la ventana y espera al Señor. Sólo piensa en Él y repasa en su imaginación lo que Él hizo y lo que Él dijo.

Cita Bíblica: Mc 8,27-29

Salió Jesús con sus discípulos hacia los pueblos de Cesarea de Filipo, y por el camino les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?». Ellos contestaron: «Algunos dicen que eres Juan Bautista, otros que Elías o alguno de los profetas.». Entonces Jesús les preguntó: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» Pedro le contestó: «Tú eres el Mesías.»

Reflexión

Hace dos mil años un hombre formuló esta pregunta a un grupo de amigos. Y la historia no ha terminado aún de responderla. El que preguntaba era simplemente un aldeano que hablaba a un grupo de pescadores. Nada hacía sospechar que se tratara de alguien importante. Vestía pobremente. Él y los que le rodeaban eran gente sin cultura, sin lo que el mundo llama "cultura". No poseían títulos ni apoyos. No tenían dinero ni posibilidades de adquirirlo. No contaban con armas ni con poder alguno. Eran todos ellos jóvenes, poco más que unos muchachos, y dos de ellos -uno precisamente el que hacía la pregunta- morirían antes de dos años con las más violentas de las muertes. Todos los demás acabarían, no mucho después, en la cruz o bajo la espada. Eran, ya desde el principio y lo serían siempre, odiados por los poderosos. Pero tampoco los pobres terminaban de entender lo que aquel hombre y sus doce amigos predicaban. Era, efectivamente, un incomprendido.

Los violentos lo encontraban débil y manso. Los guardias lo juzgaban de violento y peligroso. Los cultos le despreciaban y le temían. Los poderosos se reían de su locura. Había dedicado toda su vida a Dios, pero los ministros oficiales de la religión de su pueblo lo veían como un blasfemo y un enemigo del cielo. Eran ciertamente muchos los que lo seguían por los caminos cuando predicaba, pero a la mayor parte les interesaban más los gestos asombrosos que hacía o el pan que les repartía o todas las palabras que salían de sus labios. De hecho todos lo abandonaron cuando sobre su cabeza surgió la tormenta de la persecución de los poderosos y sólo su madre y tres o cuatro amigos más le acompañaron en su agonía.

La tarde de aquel viernes, cuando la losa de un sepulcro prestado se cerró sobre su cuerpo, nadie habría dado un peso por su memoria, nadie habría podido sospechar que su recuerdo perduraría en algún sitio, fuera del corazón de aquella pobre mujer -su madre- que probablemente se hundiría en el silencio del olvido, de la noche y de la soledad.

Y... sin embargo, veinte siglos después, la historia sigue girando en torno a Aquel hombre. Los historiadores -aún los más opuestos a él- siguen diciendo que tal hecho o tal batalla ocurrieron tantos o cuantos años antes o después de él. Media humanidad, cuando se pregunta por sus creencias, sigue usando su nombre para denominarse. Dos mil años después de su vida y muerte, se siguen escribiendo cada año más de mil volúmenes sobre su persona y doctrina. Su historia ha servido como inspiración para, al menos, la mitad de todo el arte que ha producido el mundo desde que él vino a la tierra. Y, cada año, decenas de miles de hombres y mujeres dejan todo: -sus familias, sus costumbres, tal vez hasta su patria- para seguirle enteramente, como aquellos doce primeros amigos. ¿Quién, quién es este hombre por quien tantos han muerto, a quien tantos han amado hasta la locura y en cuyo nombre se han hecho también tantas violencias? Desde hace dos mil años, su nombre ha estado en boca de millones de agonizantes, como una esperanza, y de millares de mártires, como un orgullo.

¡Cuántos han sido encarcelados y atormentados, cuántos han muerto sólo por proclamarse seguidores suyos! Y también ¡cuántos han sido obligados a creer en él con riesgo de sus vidas, cuantos tiranos han levantado su nombre como una bandera para justificar sus intereses o sus dogmas personales! Su doctrina, paradójicamente, inflamó el corazón de los santos y las hogueras de la Inquisición.

Discípulos suyos se han llamado los misioneros que cruzaron el mundo sólo para anunciar su nombre y discípulos suyos nos atrevemos a llamarnos quienes -¡por fin!- hemos sabido compaginar su amor con el dinero.

¿Quién es, pues, este personaje que parece llamar a la entrega total o al odio frontal, este personaje que cruza de medio a medio la historia como una espada ardiente y cuyo nombre -o cuya falsificación- produce frutos tan opuestos de amor o de sangre, de locura magnífica o de vulgaridad? ¿Quién es y qué hemos hecho de él, cómo hemos usado o traicionado su voz, qué jugo misterioso o maldito hemos sacado de sus palabras? ¿Es fuego o es opio? ¿Es bálsamo que cura, espada que hiere o morfina que adormila? ¿Quién es? ¿Quién es? Pienso que el hombre que no ha respondido a esta pregunta puede estar seguro de que aún no ha comenzado a vivir. Gandhi escribió una vez: "Yo digo a los hindúes que su vida será imperfecta si no estudian respetuosamente la vida de Jesús". ¿Y qué pensar entonces de los cristianos -¿cuántos, Dios mío?- que todo lo desconocen de él, que dicen amarle, pero jamás le han conocido personalmente? Y es una pregunta que urge contestar porque, si él es lo que dijo de sí mismo, si él es lo que dicen de él sus discípulos, ser hombre es algo muy distinto de lo que nos imaginamos, mucho más importante de lo que creemos. Porque si Dios ha sido hombre, se ha hecho hombre, gira toda la condición humana. Si, en cambio, él hubiera sido un embaucador o un loco, media humanidad estaría perdiendo la mitad de sus vidas.

Actuar

Reflexión personal

- * ¿Medito la palabra de Jesús y hago mía su cruz?
- * ¿Reconozco que Jesús es el camino, la verdad y la vida?

- * Si es así, ¿dejo que Él guíe mis pasos hacia el hermano?

Reflexión en pequeños grupos

- ❖ Jesús exige respuestas ¿Podemos describir acciones concretas que nos muevan a salir al encuentro de los hermanos?
- ❖ ¿Podemos despojarnos de algo que sea necesario para nosotros, pero que a otro le es más necesario que nosotros?

Oración

Canto: (Quién dicen que soy yo)

Mientras escuchamos el canto, pensemos en actitudes que podamos realizar con el prójimo que rompa el aislamiento y la indiferencia que muchas veces es provocada por el consumismo, en el cual estamos inmersos.

Padre Nuestro

TEMA III
"Iglesia que emana fraternidad"
(Cfr. Jn. 13, 34-35)

Objetivo:

Vivir una pertenencia cordial en la Iglesia desde su gran diversidad.

Video (Reflexión de vida)

Hecho de vida

- ¿Recuerdas el pasaje donde Jesús estaba a la mesa, se levantó y se puso a lavar los pies de sus discípulos?
- La actitud de Jesús, que carga con la cruz, ¿son las actitudes que tenemos como Iglesia?
- Jesús se comparte en la eucaristía y nosotros, ¿salimos satisfechos y enviados hacer lo mismo?
- ¿Encuentras actitudes en la iglesia, que nos divide y nos enfrenta unos contra otros por buscar propio bienestar?

Continuemos con el cuento:

Donde está el Amor, allí está Dios

EL zapatero, Martín, continuaba mirando hacia ventana y ve que aparece una mujer con medias de lana y zapatos de campesina y se arrima a la pared. Martín, inclinándose, mira a través de los cristales y ve a una forastera con un niño en brazos, apoyada en el muro y volviéndole la espalda al viento. Trataba sin lograrlo de abrigar a su niño, pues nada tenía para arroparlo. Aquella mujer, a pesar del frío que reinaba, llevaba un traje de verano en bastante mal estado. Martín, desde la ventana, oyó al niño llorar y a su madre que intentar tranquilizarlo, pero sin lograrlo. Se levantó, abrió la puerta, salió y gritó en la escalera:

– ¡Eh! ¡Buena mujer, buena mujer!

La forastera lo oyó y se volvió hacia él.

– ¿Por qué te quedas a la intemperie con tu hijo? Ven a mi cuarto y podrás cuidarle mejor... ¡Por aquí, por aquí!

La mujer, sorprendida, ve a un viejo con mandil y gafas que le hace señas de que se aproxime y obedece. Baja la escalera y entra en la habitación.

– Ven acá – dijo el zapatero – y siéntate junto a la estufa. Caliéntate y amamanta al pequeño.

– Es que ya no tengo leche – respondió la mujer. Es más, desde esta mañana no he probado alimento. No obstante, la mujer dio el pecho a su pequeñuelo.

– Martín volvió la cabeza, se acercó a la mesa, tomó un pan, un tazón, se acercó a la estufa, en donde hervía la sopa, y sacó un cucharón lleno de garbanzos; pero como los granos aún no se habían cocido lo suficiente, vertió solamente el caldo en el tazón y lo colocó sobre la mesa. Cortó el pan, extendió una servilleta y puso un cubierto.

– Siéntate – le dijo – y come, buena mujer. Mientras tanto, yo tendré a tu hijo. He sido padre y sé cuidar de los pequeñuelos.

La mujer hizo la señal de la cruz, se puso a la mesa y comió mientras Martín, sentado en el lecho con el niño en brazos, lo besaba para tranquilizarle. Como la criatura a pesar de todo seguía llorando, a Martín se le ocurrió amenazarle con el dedo, que alternativamente aproximaba y alejaba de los labios del niño, pero sin tocarlo, ya que su mano estaba ennegrecida de tinta y el pequeño, mirando aquello que se movía cerca de su rostro, cesó de gritar y hasta comenzó a reír.

Mientras recuperaba sus fuerzas, la forastera contó quién era y de dónde venía.

– Yo – dijo – soy esposa de un soldado. Hace ocho meses que hicieron partir a mi marido y no tengo noticias de él. Vivía de mi empleo de cocinera cuando di a luz. A causa del niño no quisieron tenerme en ninguna parte y hace tres meses que estoy sin trabajo. En este tiempo he gastado cuanto tenía, me he ofrecido como nodriza pero no me han admitido, arguyendo que estoy muy delgada. Entonces fui a casa de una tendera, donde está colocada nuestra hija mayor, y allí han ofrecido colocarme. Creí que me tomarían de inmediato, pero me dijeron que vuelva la semana entrante... La tienda está muy lejos, estoy cansada y mi pobre pequeño también. Por fortuna mi patrona ha tenido compasión de nosotros y nos deja, por amor de Dios, dormir en su casa, Si no, no sé qué sería de mi hijo y de mí.

Martín suspiró y preguntó:

– No. Ayer empeñé por veinte pesos mi último manto.

La mujer se acercó al lecho y cogió al niño. Martín se levantó y, acercándose a la pared, busco y halló un viejo abrigo.

– Toma – le dijo – es malo, pero siempre servirá para cubrirte.

La forastera miró el abrigo, miró al viejo, tomó la prenda y rompió a llorar.

Martín volvió el rostro no menos conmovido, fue luego hacia su cama y sacó de debajo de ella un cofrecito; lo abrió, sacó algo de él y volvió a sentarse frente a la pobre mujer. Ésta dijo:

– Dios te lo premie, ¡buen hombre! Él, sin duda, me ha traído junto a tu ventana. Sin ti el niño se hubiera helado. Cuando salí hacía calor y ahora ¡qué frío! ¡Qué buena idea te ha inspirado Dios de asomarte a la ventana y de tener compasión de nosotros!

Martín sonrió.

– En verdad, Él fue quien me inspiró esa idea – dijo. No fue por casualidad que miré por ventana. Y le contó su sueño a la mujer, diciéndole cómo había oído una voz y cómo el Señor le había prometido venir a su casa ese mismo día.

– Todo puede ocurrir – repuso la mujer, quien se levantó, tomó el viejo abrigo, envolvió en él al niño, se inclinó y dio gracias al zapatero.

– Toma en nombre de Dios – dijo éste, deslizándole en la mano una moneda de veinte pesos. – toma esto para desempeñar tu manto.

La mujer se santiguó; Martín hizo lo propio y luego la acompañó hasta la puerta y la forastera se fue.

Cita Bíblica: Jn 13,34-5

En aquél tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Ustedes deben amarse unos a otros como yo los he amado. En esto reconocerán todos que son mis discípulos, en que se amen unos a otros.

Reflexión

El papa Francisco en su Exhortación *Evangelii Gaudium* dice: “Dentro del Pueblo de Dios y en las distintas comunidades, ¡cuántas guerras! En el barrio, en el puesto de trabajo, ¡cuántas guerras por envidias y celos, también entre cristianos! La mundanidad espiritual lleva a algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos que se interponen en su búsqueda de poder, prestigio, placer o seguridad económica. Además, algunos dejan de vivir una pertenencia cordial a la Iglesia por alimentar un espíritu de «internas». Más que pertenecer a la Iglesia toda, con su rica diversidad, pertenecen a tal o cual grupo que se siente diferente o especial. El mundo está lacerado por las guerras y la violencia, o herido por un difuso individualismo que divide a los seres humanos y los enfrenta unos contra otros en pos del propio bienestar... A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirles especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: «En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis unos a otros» (Jn 13,35). Es lo que con tantos deseos pedía Jesús al Padre: «Que sean uno en nosotros [...] para que el mundo crea» (Jn 17,21). ¡Atención a la tentación de la envidia! ¡Estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto! Pidamos la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos... Por ello me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?” (EG 98-100)

Si leemos atentamente estos números de la exhortación, (98-100) descubrimos que son múltiples las causas de nuestros enfrentamientos que nos dividen y nos desafían. Nombramos los más importantes:

- + La falta de un sentido profundo de Dios que nos propone un misterio de amor y de comunión, que es la base de toda unidad auténtica y profunda.
- + Esto nos lleva a no mirarnos entre nosotros con su mirada, que nos hace descubrir que somos amados y beneficiados por Él, que Él es el único que hace posible un AMOR PERDURABLE. Que nos ayuda a descubrirnos en lo mejor que tenemos, a sabernos perdonar y reconciliarnos, a superar todo lo que nos divide. (Vino a unir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos... nos dice el Evangelio de San Juan).
- + La justicia largamente esperada. Nuestro obrar no se ajusta a la justicia vivificada por la Caridad, esto produce entre nosotros marginaciones y exclusiones fuertes. En nuestro mundo existen muchos hombres y mujeres que son considerados como descartables, esto genera diferentes formas de violencia, guerras, luchas fratricidas, destrucción y muerte.
- + La ruptura de la amistad social, como base fundamental para lograr la pasión por el bien común que ayuda a personas y comunidades a realizarse dignamente. Aparecen las envidias, competencias de todo tipo, el hombre como lobo para el hombre, atentados contra la vida humana desde la concepción hasta la muerte natural del ser humano, pérdida del sentido profundo de humanidad; es todo lo contrario de una visión fraterna. Se rompen los vínculos entre las personas, los grupos sociales, la familia, las distintas dimensiones de la sociedad civil. Se termina en definitiva atacando la humanidad del hombre.

+ La búsqueda de venganza en lugar de la justicia, el rencor y el resentimiento se convierten en motor de múltiples heridas a la dignidad humana, la tortura, la destrucción del ser humano, etc.

Podríamos seguir enumerando otros factores, pero creemos que estos son suficientes para advertir la seriedad del desafío que se nos presenta a los cristianos que por vocación estamos llamados a ser seres de comunión. El Papa Francisco nos pide ofrecer a esta sociedad dividida el testimonio de que la fraternidad entre los hombres es posible.

Hoy debemos buscar por todo los medios los caminos de la unidad, de la concordia, de la justicia y de la paz entre los seres humanos. (Entre las divisiones sociales, culturales, religiosas y familiares, incluso en nuestras propias comunidades cristianas).

Actuar

Reflexión personal

Pidamos al Señor que nos haga entender la ley del amor.

- * ¿Es bueno tener esta ley?
- * ¿Nos hace bien amarnos los unos a los otros en contra de todo?
- * Todos tenemos simpatías y antipatías, y quizás ahora mismo: ¿Estás enojado con algún hermano o hermana?

Reflexión en pequeños grupos

Qué nos dicen estos pasajes:

- ❖ «No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien» (Rm 12,21)
- ❖ «¡No nos cansemos de hacer el bien!» (Ga 6,9)

Oración

Canto: (En mi Getsemaní)

Mientras escuchamos la canción abramos nuestro corazón y reflexionemos sobre las divisiones o los enojos que tenemos y pidamos al Señor:

«Señor, yo estoy enojado con éste, con aquélla.

Yo te pido por él y por ella».

Con palabras del Papa Francisco pensemos que rezar por aquel con el que estamos irritados es un hermoso paso en el amor, y es un acto evangelizador. ¡Hagámoslo hoy! ¡No nos dejemos robar el ideal del amor fraterno! (EG 101)

Padre Nuestro

TEMA IV
"Déjate amar por Jesús"
(Cfr. Jn. 17, 5-19)

Objetivo:

Comprender que el corazón traspasado de Jesús fue entregado al hombre y esta entrega sólo puede significar una cosa: amor.

Video (Vendedor de sueños)

Hecho de vida

- Podemos recorrer las calles, los supermercados, las escuelas, las fábricas, incluso la iglesia y, nos damos cuenta de cuántas personas viven vacías, sin amor, con miedo o sin interés.
- Cuántas personas, como María Magdalena se encuentran escondidas en el sepulcro de un Jesús muerto, sin esperanzas y angustiados por miedo de que no tengan caridad con ellas.
- A cuántos tendríamos que llevarles la Buena Noticia de que Jesús murió y resucitó para que nosotros viviéramos felices y en la paz de su costado.
- Vivir la alegría del Evangelio es vivir el gozo de saber que juntos podemos encontrar la alegría desde la caridad.

Donde está el Amor, allí está Dios

El zapatero, Martín, continuaba mirando hacia ventana y, de pronto vio detenerse, precisamente frente a su ventana, a una vendedora ambulante, una vieja que llevaba en la mano un pequeño canasto de manzanas. Quedaban pocas pues, sin duda, había ya vendido la mayor parte. Cargaba además un costal con leña que había recogido en los alrededores de alguna fábrica de carbón, y regresaba a su casa. Como el costal la lastimaba, quiso al parecer cambiarlo de hombro y lo dejó en el suelo, puso el canasto de manzanas sobre un pozo y comenzó a arreglar los pedazos de leña. Mientras la anciana estaba ocupada, un niño de la calle, salió quien sabe dónde y cubierto con una gorra hecha trizas, robó una manzana del canasto y trató de escapar; pero, la mujer lo vio y, volviéndose rápidamente, lo tomó de su camisa. El muchacho forcejeó, pero ella lo retuvo con ambas manos, jalándolo de los cabellos.

El niño gritaba y la vieja se enfurecía cada vez más. Martín, sin perder tiempo corre a la puerta, saliendo con tal prisa que por poco rueda por la escalera y los lentes se le caen en el camino. Se precipita a la calle y encuentra a la vieja jalando todavía de los cabellos al pillo, golpeándolo sin misericordia y amenazándolo con entregarlo a un guardia.

El niño seguía forcejeando y negaba su delito.

– Yo no he cogido nada – gritaba – ¿por qué me pegas? ¡Déjame!

Martín quiso separarlos. Cogió al niño de la mano y dijo:

– ¡Déjalo, ancianita, perdónalo, por Dios!

– Voy a perdonarlo de modo que se acuerde hasta la próxima. ¡Voy a llevar a la delegación a este mal viviente!

Martín suplicó de nuevo:

– Déjalo, te digo, que no lo volverá a hacer. ¡Déjalo, en nombre de Dios!

La vieja soltó a su presa y el niño iba a escapar, pero Martín lo retuvo.

– Pide ahora perdón a esta anciana y en lo sucesivo no vuelvas hacerlo, porque yo te vi coger la manzana.

El pequeño rompió a llorar y pidió perdón entre sollozos.

– Vaya – exclamó Martín – eso está bien. Y ahora toma una manzana. Yo te la doy.

Y Martín cogió una del canasto y se la dio al muchacho.

– Voy a pagártela, buena mujer – continuó dirigiéndose a la vendedora.

– Mimas demasiado a ese vagabundo – dijo la vieja. Lo que le hubiera servido era darle unos buenos golpes de tal modo que se hubiera acordado toda la semana.

– ¿Eh? ¿Qué es eso? – Exclamó el zapatero – nosotros juzgamos así, pero Dios nos juzga de otro modo. Si hubiera que azotarlo por una manzana ¿qué habría que hacer con nosotros por nuestros pecados?

La vieja guardó silencio.

Martín contó a la anciana la parábola del acreedor que perdonó la deuda y del deudor que quiso matar a quien lo había favorecido.

La vieja y el niño escuchaban.

– Dios nos manda perdonar – prosiguió Martín, porque de otro modo no seremos perdonados... hay que perdonar a todos y, sobre todo, a los que no saben lo que hacen.

La vieja inclinó la cabeza y suspiró.

– No digo que no – murmuró la vendedora; pero hay que reconocer que los niños están muy inclinados a hacer el mal.

– Por eso a nosotros los viejos nos corresponde enseñarles a hacer el bien.

– Eso es lo que yo digo – repuso la anciana. He tenido siete hijos y sólo me queda una hija...

Y la vieja le contó que vivía en casa de su hija y cuántos nietos tenía.

– ¿Ves – dijo – que débil soy? Pues a pesar de ello trabajo para mis nietos. ¡Son tan lindos, salen a mi encuentro con tanto cariño! Y mi Alina! Esa sí que no iría con nadie más que conmigo: “¡Abuelita! – me dice – querida abuelita! ...”

Y la vieja se enterneció.

– La verdad es que lo ocurrido no ha sido más que una niñería; con que ¡vete y que Dios te proteja! – agregó dirigiéndose al niño.

Cuando la anciana se inclina para cargar de nuevo el costal sobre sus hombros, el pequeño se apresuró diciendo:

– Dámelo, viejecita, yo te lo llevaré; precisamente vas por mi camino.

Y se fueron juntos, olvidándose la vendedora de reclamar a Martín el importe de la manzana; el zapatero, al quedarse solo, los miraba alejarse y oía su conversación.

Los siguió un rato con la vista y luego volvió a su casa; encontró sus lentes intactos en la escalera y los recogió. Trabajó un poco, pero ya no había suficiente luz y vio pasar al empleado que se disponía a encender los faroles.

Cita Bíblica: Jn 17,5-19

En aquél tiempo, Jesús dijo: Ahora, Padre, dame junto a ti la misma Gloria que tenía a tu lado antes que comenzara el mundo. He manifestado tu Nombre a los hombres: hablo de los que me diste, tomándolos del mundo. Eran tuyos, y tú me los diste y han guardado tu Palabra. Ahora reconocen que todo aquello que me has dado viene de ti. El mensaje que recibí se lo he entregado y ellos lo han recibido, y reconocen de verdad que yo he salido de ti y creen que tú me has enviado.

Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que son tuyos y que tú me diste -pues todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo mío-; yo ya he sido glorificado a través de ellos. Yo ya no estoy más en el mundo, pero ellos se quedan en el mundo, mientras yo vuelvo a ti. Padre Santo, guárdalos en ese Nombre tuyo que a mí me diste, para que sean uno como nosotros.

Cuando estaba con ellos, yo los cuidaba en tu Nombre, pues tú me los habías encomendado, y ninguno de ellos se perdió, excepto el que llevaba en sí la perdición, pues en esto había de cumplirse la Escritura. Pero ahora que voy a ti, y estando todavía en el mundo, digo estas cosas para que tengan en ellos la plenitud de mi alegría.

Yo les he dado tu mensaje, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo como tampoco yo soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del Maligno. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Conságralos mediante la verdad: tu palabra es verdad. Así como tú me has enviado al mundo, así yo también los envío al mundo, y por ellos ofrezco el sacrificio, para que también ellos sean consagrados en la verdad.

Reflexión

Reconocemos, por el texto que escuchamos, cuánto amor hay de parte de Dios hacia nosotros y cómo debemos amarnos para que se siga manifestado el amor al mundo y para que podamos sostenernos en el mismo amor.

San Alberto Magno decía que existen tres géneros de plenitudes: "la plenitud del vaso, que retiene y no da; la del canal, que da y no retiene, y la de la fuente, que crea, retiene y da". ¡Qué gran verdad! Efectivamente, en la vida hay muchos hombres-vaso. Son gentes que se dedican a almacenar virtudes o ciencia, que lo leen todo, coleccionan títulos, saben cuánto puede saberse, pero creen terminada su tarea cuando han concluido su almacenamiento: ni reparten sabiduría ni alegría. Tienen, pero no comparten. Retienen, pero no dan. Son magníficos, pero magníficamente estériles. Son simples servidores de su egoísmo.

También hay hombres-canal: es la gente que se desgasta en palabras, que se pasa la vida haciendo y haciendo cosas, que nunca gusta lo que sabe, que cuando le entra de vital por los oídos se le va por la boca sin dejar pozo adentro. Padecen la neurosis de la acción, tienen que hacer muchas cosas y todas de prisa, creen estar sirviendo a los demás pero su servicio es, a veces, un modo de calmar sus cosquilleos del alma. Hombre-canal son muchos periodistas, algunos apóstoles, sacerdotes o seglares. Dan y no retienen. Y, después de dar, se sienten vacíos.

Qué difícil, en cambio, encontrar hombres -fuente, personas que dan de lo que han hecho sustancia de su alma, que reparten como las llamas, encendiendo la del vecino sin disminuir la propia, porque recrean todo lo que viven y reparten todo cuanto han recreado. Dan sin vaciarse, riegan sin decrecer, ofrecen su agua sin quedarse secos. Cristo -pienso- debió ser así. Él era la fuente que brota

inextinguible, el agua que calma la sed para la vida eterna. Nosotros ya haríamos bastante con ser uno de esos hilillos que bajan chorreando desde lo alto de la gran montaña de la vida.

Permanecer en el amor no es simplemente conocer, es vivir y dar, aunque esto sea algo complicado, pero el amor tiene su raíz y fuente en el horizonte de la comunión Trinitaria. De esta manera, Dios nos llama a la comunión con El y entre nosotros. Cada hombre y mujer, han sido creados a imagen y semejanza de la Trinidad. La Trinidad Santísima, se ha contemplado a sí misma, para crear al mundo y al hombre. Ella es el modelo de la humanidad. Por eso cuando el hombre experimenta en lo más profundo de su corazón ese deseo de vivir con otros, de convivir, de estar con los demás, y se siente feliz, es porque está realizando en plenitud su más profunda vocación humana.

Santa Catalina de Siena decía: “En tu divinidad oh Señor contemplo mi humanidad...” El beato Pablo VI, papa, decía “la forma más profunda de la evangelización es lo que en definitiva humaniza al hombre...” Por eso cuando no fraternizamos, no solamente privamos al hombre de su dimensión trascendente, sino que al no hacerlo, también lo privamos de su plenitud humana.

Desde esta lectura, estamos invitados a construir la fraternidad, porque el Corazón abierto de Cristo es su propio evangelio y lo abre, hace partícipe a la Iglesia, la cual se alimenta y crece asimilándose permanentemente a la Palabra que la constituye y la habilita para evangelizar.

De ahí que vivir en el corazón abierto de Jesús es amar y se manifiesta desde la caridad (Cfr. 1ª Cor 13 y toda la 1ª Carta de San Juan) Dios mismo es Caridad y el que permanece en la Caridad permanece en Dios y Dios en Él, porque Dios es amor. La caridad es el alma de la comunión de la iglesia, ella hace posible la unidad de una Iglesia que es al mismo tiempo una y aunque con muchas formas. Por eso la caridad lo llena todo y le da valor y calidad a toda comunidad, en la doble vertiente del único amor Dios y el prójimo. San Juan lo dice con fuerza “miente el que dice que ama a Dios a quién no ve y no ama a su hermano que ve... el que ama a Dios ame también a su hermano.” “En esto conocerán que son mis discípulos en que se aman los unos a los otros. El amor, que permanece en el tiempo y en la eternidad.” Esta caridad para que sea verdaderamente cristiana debe ser efectiva y afectiva, abarcar la totalidad del hombre. Es la raíz fundante de la Iglesia. Se trata de una virtud que nos hace participar del amor mismo de Dios, es un don, una gracia que recibimos, ella nos posibilita amar a Dios y a los hermanos. Por eso toda comunión fraterna en la Iglesia, tiene su fuente y su permanencia en este misterio trinitario, y en la medida que con su ayuda y el misterio de nuestra libertad lo asumimos, nos capacita para amarnos con el amor con el que Él nos amó primero. Santa Teresa decía que el amor, produce amor, y esto se manifiesta en una Iglesia fraterna cuando vivimos una auténtica espiritualidad de la comunión.

Actuar

Reflexión personal

Les invito a que reflexionen en dos cosas:

- * ¿Ahora que te has consagrado, te sientes amado y guardado en el Corazón de Jesús?
- * ¿Desde ese corazón abierto, que irradia amor, sales al encuentro del hermano para poder amarlo y así tener la plenitud del amor en tu corazón?

Canto: (Abandónate)

Reflexión en pequeños grupos

Qué nos dicen estos pasajes:

- * Qué les dice esta frase de San Juan: «En esto conocerán que son mis discípulos en que se aman los unos a los otros» (Jn 13, 35)
- * El Corazón de Jesús es toda la manifestación de amor para ustedes, ¿cómo responden a esa caridad? Medítenlo desde I Cor. 13,1-13.

Oración

Canto: (Déjate)

Señor, hoy, como Jesús en el desierto, quiero dejarme llevar por ti, deseo desposeerme para vivir la pobreza desde el servicio a mis hermanos.

Sé que la falta de caridad es un mal y también sé que es provocada por la idolatría de la sociedad en la que vivo y que muchas veces me rindo y me dejo atar: al dios dinero, al dios bienestar, al dios del poder y la riqueza.

Permíteme destruir esos ídolos de muerte para dar paso al Dios que descubro desde tu Palabra, al Dios de la fraternidad y de la vida.

Solo podré optar por la caridad y ser instrumento de fraternidad si descubro mi pobreza revestida por el amor que me tiene Jesús y que me hace ver y vivir abierto a los hermanos y en ellos a Dios, Padre de Misericordia, al desprenderme de lujos y consumos innecesarios, para no ser esclavo de ambiciones de tener y de poder.

A ti, Padre, te lo pido junto a mis hermanos que también ellos quieren dejarse llevar por el impulso de tu amor. Por eso juntos te decimos:

Padre Nuestro

TEMA V

"Ama como María, incluso desde la cruz"

(Cfr. Jn. 19, 17-25)

Objetivo:

Descubrir a María y con ella la actitud de amor que nos muestra su corazón inmaculado, de entrega incondicional al Padre y a la humanidad que está marcada fuertemente por el odio, la violencia, la opresión, pero que tiene hambre de justicia, de verdad y de gracia, y que se encuentra en la intimidad de su corazón amadísimo.

Video (Perdona siempre)

Hecho de vida

- El Papa Francisco nos dice que en la "cultura de descarte": "¡Cuántas veces se descarta a los ancianos con actitudes de abandono que son una verdadera eutanasia escondida!" De igual manera se descarta a los jóvenes, porque no tienen oportunidad de trabajo.
- La familia está en crisis, en una crisis mundial. Los jóvenes no quieren casarse. O no se casan, o conviven. El matrimonio está en crisis y también la familia.
- Muertes atroces que "hacen visible la realidad criminal que existe detrás del tráfico y comercio de las drogas", del aborto y demás fratricidios. Todo esto nos lleva al centro de una realidad escondida a través del miedo al sufrimiento, al dolor, a la soledad. "Estamos viviendo, un sistema injusto internacional donde el Dios dinero está en el centro" que nos lleva a la globalización de la indiferencia.

Continuemos y terminemos con el cuento:

Donde está el Amor, allí está Dios

El zapatero, Martín, en el transcurso del día se da cuenta que ya es tarde y que todavía no termina su trabajo, entonces dijo: Tengo que encender la lámpara.

Prepara su quinqué, lo cuelga y continúa el trabajo. Terminada la bota, la examina: está bien. Recoge sus herramientas, barre los recortes, descuelga la luz colocándola sobre la mesa y toma del estante el Evangelio.

Quiere abrir el tomo en la página en la que se había quedado la víspera, pero fue a dar a otra.

Al abrir el libro santo recordó su sueño del día anterior y sintió que algo se agitaba detrás de él. Volvió la cabeza y vio, o al menos se lo figuró, que había alguien en uno de los ángulos de la habitación... Era gente, en efecto, pero no la veía bien. Y entonces una voz murmuró a su oído:

– ¡Martín! ¡Eh, Martín! ¿No me reconoces?

– ¿Quién eres? – preguntó el zapatero.

– ¡Soy yo! – dijo la voz - ¡Soy yo!

Y era Jerónimo quien, surgiendo del oscuro rincón, le sonreía y desaparecía, esfumándose como una nube.

– ¡Soy también yo! – dijo otra voz.

Y del rincón oscuro salió la forastera con el niño: la mujer sonrió, sonrió el niño y ambos se desvanecieron en la sombra.

– ¡También soy yo! – exclamó una tercera voz. Y surgió la vieja con el niño, el cual llevaba una manzana en la mano. Ambos sonrieron y se disiparon como los anteriores.

Martín sintió una gran alegría en su corazón; hizo la señal de la cruz, se colocó los lentes y leyó el Evangelio, en la página que estaba a la vista:

“Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis”.

Y al final de la página: “Lo que habéis hecho por el más pequeño de mis hermanos es a mí a quien lo habéis hecho” (Mateo 25).

Y Martín comprendió que su sueño había sido un aviso del cielo y que, en efecto, el Salvador había estado aquel día en su casa y era a Él a quien había acogido.

Cita Bíblica: Jn 19, 17-25

Entonces se lo entregó para que fuera crucificado. Tomaron, pues, a Jesús, y él cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota, y allí le crucificaron y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio.

Pilato redactó también una inscripción y la puso sobre la cruz. Lo escrito era: «Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos.» Esta inscripción la leyeron muchos judíos, porque el lugar donde había sido crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad; y estaba escrita en hebreo, latín y griego.

Los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: «No escribas: "El Rey de los judíos", sino: "Este ha dicho: Yo soy Rey de los judíos".»

Pilato respondió: «Lo que he escrito, lo he escrito.»

Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, con los que hicieron cuatro lotes, un lote para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo. Por eso se dijeron: «No la rompamos; sino echemos a suertes a ver a quién le toca.» Para que se cumpliera la Escritura: Se han repartido mis vestidos, han echado a suertes mi túnica. Y esto es lo que hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena.

Reflexión

María había dado testimonio de Jesús cuando dijo a los que servían en la boda de Caná de Galilea, "Hagan todo lo que él les diga"; y, sobre todo, dio su testimonio de silencio cuando los judíos gritaban que "tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios". ¿Qué madre no hará todo lo posible para salvar la vida de su hijo? María fácilmente pudiera haber salvado a Jesús con muy pocas palabras, diciendo "Yo soy su madre y yo sé quién es su padre", pero ¿qué dijo María? Su testimonio de silencio confirmó que lo que los judíos gritaban era cierto: Jesús de Nazaret no tuvo un padre terrenal, sino que era en verdad el Cristo, el Hijo del Dios Viviente.

En el Gólgota sé explícita la maternidad de María y por ella todos los hombres nos descubrimos hermanos, unidos en una profunda piedad filial. Por lo demás, los rasgos de la solidaridad, solicitud y

generosidad en el contexto culminante del dolor-alegría, constituyen un camino modélico a seguir. María al pie del madero se mantiene en actitud expectante y alerta, a la escucha de lo que su Hijo pueda decirle.

Contemplemos con los ojos de María, a su hijo Jesús, crucificado e intentemos escuchar, en el silencio, la elocuencia de su amor por nosotros. Nos invita a descubrir los signos de la cruz y los signos de salida, que como iglesia debemos vivir para ir al encuentro de los hermanos. El madero vertical proyectado hacia lo alto nos remite al amor entre Dios y la humanidad, que sostiene el madero horizontal, símbolo del amor fraterno entre los hombres. Los dos brazos abiertos al mundo parecieran querer abrazar a la humanidad entera, en un amor generoso e ilimitado, sin miedo a hacerse frágil y vulnerable. La sencilla desnudez de Aquel que no oculta ni se guarda nada para sí, que se hace transparente ante los demás. Finalmente, el madero recto y visible sobre el Calvario, se alza como preludeo del triunfo de la resurrección, signo palpable de la dinámica de la alegría-dolor, de la muerte para la vida que encierra la vivencia de la caridad.

Es el signo que abraza María y que entiende cuando es entregada por Jesús al discípulo amado; y el discípulo amado que acoge en su casa a María, se convierten para nosotros en la encomienda que el Señor quiere hacernos a quienes hemos de convertirnos en sus discípulos amados: Acoger a su Iglesia en nuestra casa, en nuestra familia, para que se convierta en una comunidad de fe, en un signo creíble del amor de Dios, en una comunidad que camine con una esperanza renovada. Ciertamente la cruz, consecuencia de nuestro servicio a favor del Evangelio, a veces nos llena de dolor, angustia, persecución y muerte. Mientras no perdamos nuestra comunión con la Iglesia, podremos caminar con firmeza y permanecer fieles al Señor. La Cruz, signo del amor de Dios por los hombres, debe recordarnos siempre la dimensión oblativa de la caridad, por la que uno está siempre dispuesto a sufrir por el otro y a perdonar toda ofensa.

La solidaridad es otra expresión de amor hacia el hermano. San Pablo nos exhorta a vivir de una manera digna la vocación a la que hemos sido llamados, "con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor" (Ef 4, 2). Se trata de hacer propias las penas y alegrías ajenas, asumiéndolas con un corazón amplio y generoso como el de Jesús y como el de su Madre.

No podemos pasar por alto la corrección fraterna, exigencia que brota de la amorosa guardianía del hermano. Quien ama de verdad jamás se hace cómplice de los errores o faltas de su hermano. Por el contrario, busca devolverlo a la senda correcta que lo lleve a la felicidad. La corrección debe ser firme y clara, pero siempre transparente a la caridad, aquella que es paciente, servicial y desinteresada. Aquella que "todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" (1Cor 13, 4-7).

María, acogida en nuestro corazón, impulsará con su maternal intercesión nuestro testimonio de fe; pero nos quiere no en una relación personalista con ella y con Cristo, sino en una relación vivida en la comunión fraterna, capaz de ser luz puesta sobre el candelero para iluminar a todos, y no luz oculta cobardemente debajo de una olla opaca, viviendo en oración pero sin transcendencia hacia la vida. Así la fe no tiene sentido vivirse. Si Cristo, si María, si la Iglesia están en nosotros, vivamos como testigos que dan su vida para que todos disfruten de la Vida, de la salvación que Dios nos ha dado en Cristo Jesús, su Hijo.

Jesús nos ha reunido en torno a Él para que, juntos, celebremos su Misterio Pascual. Nosotros, como el siervo dispuesto a hacer la voluntad de su amor, estamos de pie ante Él para escuchar su Palabra y ponerla en práctica. Nuestra actitud no es la de quedarnos sentados, como discípulos inútiles. Su Palabra, pronunciada sobre nosotros, nos invita a saber acoger a nuestro prójimo no sólo para

hablarle del Reino de Dios, sino para hacérselo entender, para hacérselo cercano desde un corazón que se convierte en acompañamiento del Dios-con-nosotros, que camina con el hombre desde la Comunidad de creyentes en Cristo.

Actuar

Reflexión personal

Con un canto y pensando en la Virgen María al pie de la cruz:

- * Ella se sentía amada. ¿A qué te compromete este pasaje, cómo debes vivir tu vida?
- * ¿Tienes miedo de abrazar la cruz o cuál debe ser tu actitud para decir siempre sí al Señor?
- * ¿Te resistes a entregarte como María o qué debes hacer, cómo debes actuar para seguir al Señor?

Canto: (Mirarte a ti)

Reflexión en pequeños grupos

María al abrazarnos y al acogernos en su corazón se hizo nuestra madre y por lo mismo no mira diferencia alguna entre nosotros. Cómo vivir la expresión de María en tu comunidad parroquial:

- ❖ Respetando y promoviendo la persona y la familia, como a mi propia familia.
- ❖ Valorando los grupos parroquiales y las organizaciones
- ❖ Impulsando las iniciativas de los demás con el fin que apoye el bien común.
- ❖ Respetando las diferencias de las personas.

Oración

Canto: (En mi corazón vivirás)

Contemplemos las imágenes de los sagrados corazones y busquemos la disposición de nuestro corazón, para que podamos ser enviados a vivir en la caridad.

Oración

Te bendecimos y alabamos, oh Dios,
porque, según el diseño inefable de tu misericordia,
enviaste a tu Hijo al mundo,
para librar a los hombres, con la efusión de su sangre,
de la cautividad del pecado,
y llenarlos de los dones del Espíritu Santo.
Él, después de haber vencido a la muerte,
antes de subir a ti, Padre,
envió a los apóstoles
como dispensadores de su amor y su poder,
para que anunciaran al mundo entero
el Evangelio de la vida

y purificaran a los creyentes
con el baño del bautismo salvador.
Te pedimos ahora, Señor,
que dirijas tu mirada bondadosa
sobre estos servidores tuyos
que, fortalecidos por el signo de la cruz,
enviamos como mensajeros de caridad y de paz.
Con el poder de tu brazo, guía, Señor, sus pasos,
fortalécelos con la fuerza de tu gracia,
para que las injusticias no los venza.
Que sus acciones sean un eco de las palabras de Cristo
para que quienes contemplan su testimonio, se acerquen al Evangelio.
Dígnate, Padre, infundir en sus corazones el Espíritu Santo
para que, hechos todo para todos,
atraigan a muchos hacia ti,
que te alaben sin cesar en la santa Iglesia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
R. Amén.

Padre Nuestro